

EL PENSAMIENTO HISTÓRICO DE BOGUMIL JASINOWSKI

por HUMBERTO GIANNINI IÑIGUEZ

Profesor Titular,

Facultad de Filosofía y Humanidades,

Universidad de Chile.

Dirección Postal: Casilla 10136, Correo Central, Santiago, Chile.

RESUMEN

A partir de una experiencia personal, y una anécdota que relatara el filósofo polaco en su curso de Historia de la Cultura, Humberto Giannini aborda la visión de Jasinowski en torno al problema de la filosofía de la historia, analizando los principios y fundamentos de la historia como ciencia, su objetivo y finalidades. Así, lo que se "jugaría" en ella serían valores, y su "nervio" estaría constituido fundamentalmente por la esperanza. Pues lo que sustenta, en fin, cualquier concepción científica, es una visión valórica del mundo.

Si he conocido a alguien en quien se dieran esas dotes admirables y misteriosas, cuando van unidas, de profundidad y de gracia; aquella amalgama casi alquímica del sabio-niño, ése fue Bogumil Jasinowski. Y al recordar su pensamiento me resulta casi inevitable dar alguna pista sensible, 'fílmica' de lo que fue su palabra viva.

Recuerdo que llegué atrasado a la primera clase de su curso de Historia de la Cultura. Un curso que con el desaparecimiento del maestro quedó definitivamente acéfalo. De esto hace muchos años.

Lo primero que vi, aterrado, fue un pizarrón repleto con una biblio-

grafía en diversas lenguas. Un profesor bajito, inquieto, con sus ojos pequeños y vivaces iba y venía a saltitos cortos, casi corriendo, entre la pizarra y el pupitre. De repente, se detenía, sumiéndose en un largo silencio, como si se dispusiera a ir a buscar él mismo al pasado esos nombres y esos pensamientos que ponía ante nuestros ojos. Como si fuera a bucear más allá de toda dimensión física, el sentido del tiempo humano.

Aquella vez terminó su clase narrándonos una pequeña leyenda que siempre le gustaba repetir:

Un sultán joven e inquieto, deseoso de conocer la historia humana ordenó a los hombres más sabios del reino que salieran por el mundo a recoger experiencias, costumbres y noticias. Volvieron los eruditos diez años más tarde, cargados con diez gruesos volúmenes que contenían sus experiencias. En ese momento el sultán partía para la guerra. Así, les pidió acortar la historia, que leería a su regreso. Diez años más tarde, las luchas palaciegas le impidieron hojear siquiera los tres tomos a los que había quedado reducida la historia del hombre. Pasó otro largo tiempo y tampoco pudo leer el pequeño opúsculo en el que había quedado la obra inicial. Moribundo, el sultán llama hasta su lecho al único sobreviviente de la empresa y le pide que le narre al oído qué había aprendido de la historia humana. Y el anciano filósofo le susurra estas palabras:

—Gran señor, el hombre nace, sufre y muere¹.

Supuse que con esa simple leyenda Jasinowski quería proponernos el sentido de su curso de Historia de la Cultura; y advertimos tal vez que el carácter 'soberano de la filosofía' reside en este saber, trágico como un oráculo. Y creo que tal impresión fue la correcta.

Pero, ¿en qué consiste este sufrimiento del que llega a ser consciente sólo el saber más lúcido y experimentado? Porque se podrá siempre objetar que contra una enumeración de esos males que a cada cual nos toca padecer, hay bienes, compensaciones sensibles y espirituales que hacen injusto el informe que el filósofo diera al sultán.

Con todo, en el pensamiento de Jasinowski —y esto le da un significado complementario a la anécdota— no se trata de poner bienes y males en una balanza. Se trata, como solía decir nuestro pensador, de 'el alma del asunto': de la condición desgarrada de la conciencia individual e histórica.

¹Esta anécdota es referida por Anatole France en su novela *La isla de los pingüinos*.

Interpretar el sentido de esta anécdota supone, pues, entrar en un examen de la filosofía de la historia, tema en torno al que el sabio polaco organizó su experiencia filosófica y su sobrecogedora erudición científica.

¿Cómo entrar en este examen?

Para Jasinowski, aquí se requiere de una actitud que vaya mucho más allá de una consideración exclusivamente metodológica. Pues, habrá que enfrentar los supuestos metafísicos con los que la metodología ha venido abordando el problema de la historia.

Tales supuestos se remontan a Aristóteles y a su metafísica de la autarquía sustancial, de tan sostenido y profundo influjo en la filosofía y ciencia occidentales. Podemos decir que esta metafísica impone tres cosas: a) predominio del enfoque espacial y de una tendencia aisladora de las cosas (*chorismós*); b) esquematización de la realidad en clases excluyentes (géneros, especies); c) reinado absoluto de la lógica parmenídica de la no-contradicción y del principio del tercero excluido.

Pero, este enfoque ha quedado estrecho no sólo para enmarcar la historia, que es el tema en el que nos detendremos, sino también la microfísica y la biología, por una parte, y las matemáticas, por otra.

‘Según nuestra honda convicción la matemática entera —y no sólo la teoría de los conjuntos infinitos— está sustraída al dominio de la lógica tradicional’². Jasinowski incluye en esta crítica a la llamada lógica matemática.

Estrecha, corta, porque en el saber más afinado de nuestros tiempos, lo que ha ocurrido —o vuelve a ocurrir—, según nuestro filósofo, es una suerte de ‘fluidización de la realidad’. Fluidización que vale por sí en el ámbito de la temporalidad histórica.

En efecto, la historia es de por sí continuidad y, por tanto, copresencia y fusión ‘al mismo tiempo’ de elementos contrarios. Este hecho hace dramática su comprensión. Pues, si la comprensión es, según el punto de vista aristotélico (clasificadorio), subsunción de lo particular en lo universal, si ‘sólo hay ciencia de lo universal’³, ¿Cómo es posible la historia?⁴

²Bogumil Jasinowski, *Renacimiento italiano y pensamiento moderno*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1968.

³‘Sólo hay ciencia de lo universal’, Aristóteles, *De An.* 5, 417 b 23.

⁴Se hace la pregunta en el sentido kantiano de cómo se puede hablar de un conocimiento y de una verdad históricos.

Para el estagirita —y muchos siglos más tarde, también para Descartes— la historia es incluso menos que la poesía, si consideramos el hecho de que esta última logra configurar verdaderos universales poéticos. En cambio, la historia, es, según una idea al parecer evidente, narración del pasado, de lo ocurrido en un tiempo y en un espacio determinados. Referencia a lo particular, entonces. A principios de siglo, Windelband y Rickert, aceptando esto último, insisten en la posibilidad ‘casi desesperada’, comenta Jasinowski, de que el conocimiento de estos hechos pueda constituirse en una ciencia.

Ya en el año 1934, Jasinowski expuso en un Congreso de Filosofía realizado en París,⁵ su tesis radicalmente opuesta a estos dos puntos de vista tradicionales: a) que la historia sea simplemente narración del pasado (o en un sentido Crociano, reactualización y vivencia); b) que su objeto propio sea lo particular (un ente separado).

El tema vuelve a aparecer en diversos artículos suyos publicados en Chile, y extensamente, en su obra póstuma: *Renacimiento italiano y pensamiento moderno*.

Concedamos que gran parte de las ciencias descriptivas —al menos las referidas a la naturaleza orgánica— ha trabajado tradicionalmente con tipos más que con leyes: las clases (géneros y especies) de los seres vivientes y sus modos de producción, por ejemplo. Es de este modo que el individuo queda subsumido comprensivamente bajo una forma universal.

Ahora bien, Jasinowski afirma que en la historia lo que corresponde al tipo (o a la clase) es propiamente el período histórico, verdadera forma ordenadora del pasado. A causa de la periodificación comprendemos, pues, los hechos históricos al subsumirlos en una suerte de tipo o de universalidad categorial.

Sin embargo, periodizar el flujo de la temporalidad histórica no es sin más descubrir y reconocer huellas objetivas que el hombre habría ido dejando ‘en el receptáculo ilimitado de lo pretérito’. Y para siempre. Pero, tampoco se puede despachar el problema diciendo —¡una vez más!— que se trata de convenciones. ‘No se puede imaginar un juicio más banal que éste, pues, los conceptos de período, lejos de afectar solamente la superficie de la realidad, son por el contrario ‘constitutivos de la experiencia histórica’ a la que condicionan, así como las categorías

⁵B. Jasinowski, *Les fondements logiques de l'Histoire*, Congreso Internacional de Filosofía, París, 1937.

del entendimiento son constitutivas de la experiencia sensible, en el sentido kantiano⁶.

Jasinowski dice que la memoria se relaciona a su pasado como 'una perspectiva en movimiento'. Éste es su modo de ser histórica, 'su historicidad' (en el sentido en que el término se usa en *Ser y Tiempo*). Un modo de ser que va fragmentando, reuniendo, organizando desde el ahora lo que fue, en vistas de lo que espera.

Podríamos arriesgarnos a decir, pues, que la vida humana es proyecto —siempre en el sentido heideggeriano del término—, pero un proyecto sostenido por valoraciones. Y que así, 'bajo la presión del presente' es que la memoria va organizando su pasado, fragmentándolo, modificándolo, en vistas de lo que espera ser.

En resumen: lo que se juega en la vida no son entes sino valores, sólo valores. Y lo que va marcando las señas de la fragmentación es lo que Jasinowski llama nervio de la historia: la esperanza (hoy se diría: la utopía). Es por la esperanza en el hoy o en el mañana no lejano que el hombre sale día a día a modificar su contorno espacial y, modifica sin saberlo, la visión de su contorno temporal: el pasado.

Que la esperanza sea el nervio de la historia, la anécdota que acabamos de contar parece desmentirlo. Sin embargo, si lo pensamos más detenidamente, la esperanza supone el dolor, el malestar actual de quien espera, el desgarró que se vive y, al mismo tiempo, un valor que se vislumbra. Un bien, además, que con el desplazamiento de las perspectivas en el tiempo histórico, cambia de una época a otra, en un dinamismo nunca ausente de contrariedades y desgarró: sobrevaloración de lo finito, de lo terminado, en la Antigüedad; anhelo de lo infinito, en el Renacimiento; búsqueda de una convivencia armónica en las relaciones de razón y fe, en los primeros tiempos del Cristianismo; nostalgia del 'anteayer', en el Romanticismo, ideario del progreso, durante la Ilustración. En fin, en el subsuelo de cualquier concepción científica, filosófica, en cualquier obra de arte, es una visión valórica del mundo —cosmoegoica, en el lenguaje del maestro— la que sustenta cualquier realidad.

El valor es, pues, como la *stella rectrix* que guía de noche a los marinos y que, al guiarlos, hace cambiar todas las configuraciones del

⁶Otros estudios sobre filosofía de la historia, del mismo autor: *Dell'amore e della fede*, Sophia, Roma, 1937; *Revalorización de la Edad Media*, Estudios, Santiago, 1944; *La civiltà cristiana orientale*, Convivium, Milano, 1937; *El problema de la historia*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1945.

cielo. Lo que está sobre lo visible, sobre lo entitativo. A esta posición, Jasinowski le da el nombre de axio-ontologismo: la realidad conjunta, indisoluble de ser y valor.

Hay un paso en *Renacimiento italiano y pensamiento moderno* (1968), obra publicada el mismo año de la muerte del autor, que parece concernirnos directamente.

Dice: "El contenido mismo de los tiempos modernos ha cambiado. Si antes valió este concepto por oposición a la 'oscura Edad Media', ahora ya es otra cosa; es algo que encierra en sí no sólo lo positivo sino también algo negativo: el despotismo ilustrado. Y entonces, surge desde el ahora, una nueva fragmentación: la Edad Contemporánea" (op. cit. pág. 141).

También se ha fragmentado este nuevo fragmento, a finales de siglo, y entonces, las preguntas se renuevan: ¿En virtud de qué valores contrapuestos se disuelve el prestigio del período anterior? ¿Qué nuevo desgarró de la conciencia vuelve ahora a fragmentar la realidad histórica y a hacer necesaria o válida esta nueva configuración del tiempo: el de la postmodernidad? ¿Es la experiencia dolorosa del ocaso de toda esperanza, y de la inutilidad de la historia? ¿Éste es el desgarró? Y la expresión de una confianza satisfecha en la planificación total del planeta, en la que la esperanza ya no tendrá cabida, ¿será ésta la esperanza?

Tal vez nuestras encrucijadas habrían confirmado a Jasinowski, la situación dramática de la historia, y el sentido de la anécdota que le gustaba narrar.